



Andrea Pau



DINO

AMIGOS

El robo de los
plátanos asados

Andrea Pau

El robo de los plátanos asados

Ilustraciones de
Erika de Pieri



DESTINO



CAPÍTULO 1

¡AAACHÍS!

Un viento helado barría el oasis que albergaba el poblado de los humanos. El verano estaba dando paso al otoño, las hojas caían de las ramas y...

¡AAACHÍS!

Los primeros estornudos estallaban en la boca de Mumú. Por desgracia, los estornudos de un dinosaurio son mucho más fuertes de lo normal... Los de Mumú, por ejemplo, ¡podían arrancar el techo de las cabañas!

Por eso Rototom, el cachorro de humano que además era su mejor amigo, había construido aquella choza especialmente para él. Era una ca-

Capítulo 1

baña gigantesca, pero como Mumú tenía la barriga tan enorme estaba muy estrecho allí dentro.

¡AAAAAAAACHÍS!

Rototom, alcanzado por el estornudo de Mumú, tropezó y se le cayó al suelo su colección de cachiporras.

—¡Por mil piojos saltarines, Mumú! —exclamó—. ¡Tienes que hacer algo con este resfriado tan feo!



¡Aaaahís!



Muy enfadados, los piojos que abarrotaban la cabeza del niño tuvieron que secarse, tras la oleada de mocos dinosaurios.

—Pedo ¡dsi dya me he dtomado la dsopa caliente de Gedeón! —protestó Mumú.

Gedeón era el cocinero del poblado y su sopa de col curaba la tos, la malaria, los picores, la varicela y el dolor de muelas. O al menos eso decía él.

—La culpa es del tiempo... hace un poco de fresco —explicó Rototom, mientras se echaba una pequeña manta de piel sobre los hombros.

—¡Hace MUDCHO fredesco! —remarcó Mumú, tratando de meterse bajo la mantita y quedándose toda para él.

Y entonces alguien llamó a la puerta.

¡TOC TOC TOC!

—¿Quién será? —preguntó Rototom, intrigado.

—Si es bpara bi, diles que estoy dburbiendo —musitó Mumú. Tras lo cual, escondió el hocico

Capítulo 1

bajo la mantita (que sólo le cubría media nariz) y fingió que roncaba.

El niño corrió a abrir la puerta y al momento una ráfaga helada barrió la estancia.

¡SHHHHHH!

En el umbral aparecieron dos viejecitos ateridos de frío: uno alto y muy, muy gordo, y el otro bajo y muy, muy delgado. Ambos vestían unas pellizas desgastadas y llevaban una larguísima barba gris, que les llegaba a los pies.

—¡Frido! ¡Frodo!

—gritó lleno de emoción Roto-tom, mientras corría veloz a abrazar al hombre muy, muy gordo.



¡Αααχίς!



—¡Despacio! —dijo risueño el viejecito, abrazando al pequeño.

Frido y Frodo eran dos ancianos viajeros que vagabundeaban por aquellas tierras prehistóricas.

—¿No nos invitas a entrar, Rototom? —preguntó el hombre muy, muy delgado, que se llamaba Frido—. ¡Aquí fuera hace un frío que te deja tieso!

—¡Parecemos dos cubitos! —confirmó Frodo, cerrando la puerta tras de sí—. ¡Eh, pero si te has construido una cabaña nueva! —exclamó—. ¡Cuánto espacio, enhorabuena!

Los dos viejecillos admiraron las singulares colecciones de Rototom: las cachiporras esparcidas por el suelo, los cepillos para piojos gigantes, los frascos con gusanitos...

—¡Y está decorada con mucho estilo! —dijo Frido, encantado—. Pero... un momento, ¿qué es eso de ahí?!